

pasar un drama sobre los supuestos amores del rey Rodrigo con la hija del conde don Julián, por no ser decoroso, decía el P. Carrillo, que se presente en escena rey tan enamorado.

Sólo Bretón de los Herreros pudo continuar tranquilamente su carrera dramática.

Empujaba indudablemente ese renacimiento literario español el ejemplo de Francia, pues mientras en Alemania moría ridículamente el romanticismo, que ahora se iniciaba en España, en Francia se había llegado á la época del gran romanticismo como con justicia se le ha llamado.

El pequeño romanticismo francés, puesto que hay uno grande, comprende á la escuela sentimentalista inaugurada por Rousseau y continuada durante el Consulado y el Imperio por Ballanche, Sinnacourt, Nadier, Chateaubriand, Benjamín Constant y otros que se unen con los espíritus fuertes de la época imperial, imbuidos de los principios y tendencias germánicas, como la de Staël, Borante, Chamisso, Villers, etc., quienes se concertaban en Ginebra con A. W. Schlegel, de donde salió su estudio comparativo de la *Fedra* de Racine con la de Eurípides; supremo atrevimiento destinado á quebrantar la reputación y dominio de los ídolos de la literatura francesa.

Más serios fueron los trabajos de los menores de este grupo, entre quienes figuran Sismondi y Raynouard, quien resucitando á los antiguos trovadores, daba á la literatura, á la poesía, nuevas formas. Mientras Saint Aularie traducía algunos dramas de Lessing y de Goethe;—Barante y Chamisso traducían á Schiller,—1821,—y Guizot y Villemain continuaban los trabajos de Ducis y Letourneur para dar á conocer á Shakespeare.

Shakespeare, lo mismo para los clásicos que para los románticos de España y Francia, era incomprendible; así cuando se le quiso restaurar se le hizo víctima de las más groseras injurias y de las más falsas interpretaciones. Háse tardado en comprender que nuestro estilo declamatorio é hinchado no se aviene con el naturalismo anglo-germánico, por cuya razón Moratín escribe mil tonterías al traducir el Hamlet, y se dice por sus paisanos, que Lebrún,—1820,—al traducir la María Stuart, de Schiller, supo separar el oro puro del vil plomo.

Cuando se vió algo claro lo que significaba el lenguaje de los héroes de la poesía inglesa y alemana, cuando se comprendió que hablaban y obraban como seres reales y no como personajes de comedia, entonces se comprendió que era necesario reformar la estética dramática y su famosa é inque-

brantable luz de las tres unidades, sobre lo que no se atrevían á decidirse Chateaubriand, Constant, Guizot y Fauriel, y la cual llevaban y traían como mejor les parecía Lemercier, Lebrún y Delavigne, que tampoco podían decidirse en pro ni en contra de la nueva escuela.

Esto dimanaba de no haber adivinado los franceses que el principio del romanticismo consistía en representar la vida real á la altura del ideal, por esto á pesar de haberse traducido del alemán al francés el *Laocon*, de Lessing y la *Estética*, de Schiller, á pesar de haber penetrado Guizot la estética de Shakespeare, se continuaba vacilando, y el curso de estética hegeliana de Cousin, no daba resultado alguno.

«¡Cómo el arte romántico podía, pues, mostrarse atrevido y confiado en sí mismo, si nadie sabía claramente lo que era este arte, ni cuál era su fin! Las ideas más singulares reinaban sobre la materia. En opinión del vulgo, se consideraba como romántico á todo joven que llevase largas melenas ó bigote. Otros designaban como romanticismo todo lo que era nuevo, todo lo que estaba de moda. Otros parecían tener por romántico todo lo que era extraño, todo lo que los griegos hubieran llamado bárbaro. Otros, como Sainte-Beuve,—1824,—consideraban el romanticismo como una cuestión esencial de forma externa, proclamando como á primeros románticos á Andrés Chénier y Delille, porque habían sabido romper la monotonía de la antigua y ruda versificación, introduciendo una rima más rica, una cesura más movible y un encadenamiento más libre de los versos. Todavía otros, que estaban por encima de esas definiciones puramente exteriores, tenían por costumbre reportar el elemento romántico á todas las descripciones de la naturaleza interior del hombre. La de Staël había atribuido como reino particular al arte romántico y al romanticismo las dos grandes eras históricas que habían precedido y seguido el desenvolvimiento del cristianismo. Otros en fin, restringían la época del romanticismo á los tiempos de la Edad media que, como en España y en Italia, sacaban sus inspiraciones poéticas de la fuente de las memorias cristianas y nacionales.

»Dominaba esta manera de ver á la mayor parte de los espíritus. Se acomodaba con las concepciones históricas de Sismondi y Raynouard, y con la predilección que mostraban los románticos alemanes por la caballería y el catolicismo. Encuadraba bien con las inclinaciones de los rígidos religiosos entre los neólogos literarios, como Bonald, que se

oponían á la escuela clásica á causa de su amor por la antigüedad y de su carácter pagano, pidiendo en la literatura, el cuadro de la sociedad actual y del tiempo presente, bien que traído violentamente al pasado de la Edad media. En fin, esta manera de ver, estaba de acuerdo sobre todo con la tendencia universal que llevaban los espíritus á separarse de la Revolución y del Imperio, lo mismo que de sus particularidades religiosas, políticas y literarias.

»El romanticismo francés, que, conforme á sus primeros pasos por la vía de las reformas, hubiese debido ser el aliado de la Revolución, se puso, á ejemplo de la escuela romántica alemana, en oposición directa con ese grande intermedio de la época, y siguió el camino de la reacción.»—*Gervinius*.

Pudo creerse por un momento que Francia había encontrado su poeta, su oráculo, su Casimiro Delavigne,—1815-1818,—á quien su patriotismo exaltado por las grandes desgracias del imperio, y por la humillación de Francia ocupada por los ejércitos aliados, inspiraban los más enérgicos acentos. Sus *Mesenianas* fueron muy celebradas, y nadie dudó cuando en 1819 publicó su tragedia, *Las víspersas sicilianas*, que no lo hiciera animado del deseo de enseñar á los franceses cómo podían deshacerse de los extranjeros. Pero toda esta exaltación, todo este patriotismo, servido por un lenguaje académico, no podía llegar hasta el fondo del pueblo, cuyo corazón era el que se trataba de conmover.

La publicación de las obras póstumas de Andrés Chénier,—1819,—no adelantaron gran cosa, aun cuando parecieron algo nuevas á consecuencia de estar animadas del sentimentalismo de Rousseau; pero obras de su tiempo á lo mejor salen con aquellas tiradas de versos interminables sin vida ni acción que hace caer el libro de las manos.

Francia tuvo por fin su romántico y lo tuvo en Alfonso Lamartine, quien con sus *Meditaciones poéticas*,—1820,—sus *Nuevas meditaciones*,—1824,—y sus *Armonías*—1830,—obras todas concebidas en un mismo espíritu de angustia y de zozobra, de esperanzas y temores, característico todo de la escuela romántica que lo mismo en lo que entreveía en lo porvenir, que en lo mismo que quería renovar de lo pasado, no acertaba á ver de una manera franca su vocación.

Respecto de la forma aun cuando hasta entonces nada se había visto en Francia tan rico, tan variado y tan brillante, todavía la influencia clásica se dejaba sentir en sus tiradas de versos destinados á descripciones de la naturaleza, de lo que tanto se había abusado.

Esto se comprende en un hombre que como Lamartine, había nacido poeta lírico y nada más. Ensayó más de una vez el género épico y dramático, ejemplos su *Muerte de Sócrates*, y su *Ultimo canto de Childe Herold*, que hicieron dudar de su talento, y le redujeron algo el pedestal que el entusiasmo popular le había elevado; pero se lo conservaron sus cantos cada vez más conmovedores, más sentidos, más patéticos, más humanos.

Lamartine, hijo de una madre devota, de una familia víctima de la revolución, si no hubiese estado dotado de esa clara inteligencia que le hizo ver «la altanera esterilidad» de la época imperial, «sus hombres geométricos usando sólo de la palabra,» hubiera desesperado del porvenir como Byron, á quien atacó desde luego francamente, pidiéndole que en vez de blasfemar y de dudar de todo, afirmase la idea, para que él, «el Rey de los cantos inmortales,» dejase de ser «el ángel de la desesperación,» para tomar su asiento en medio de los coros sagrados.

Lamartine leyó primero sus *Meditaciones* en los salones de la señora de Broglie, que dejó encantados. Público y poetas, lo que es más, le aclamaron como el hijo de la poesía, y sus versos los repetían los hombres y las mujeres sin distinción de partidos ni de escuelas. Jamín le llamó «el dios con quien todo va á principiar de nuevo,» y no fué menos profeta Talleyrand, que tantos motivos tenía para conocer á los hombres de su tiempo y los tiempos venideros.

Talleyrand predijo al autor, que sus poesías edificadas en las nubes y en los vapores, arrastrarían á los hombres á pesar de su encarnizamiento por las cosas materiales; que sus versos religiosos obtendrían los aplausos lo mismo de los ateos que de las mujeres profanas.

Cuando la fortuna y la gloria sonríe á un hombre tan sin tasa, ¿no es para tentarlo, para perderlo? ¿Y Lamartine, cuya alma sensible, dulce y delicada era de todos conocida, podría escapar á las seducciones de ese Mefistófeles que le dió en Italia por esposa una bella y rica inglesa, y en 1830 la Embajada de Grecia?

Pudo ya la difamación encar en 1830 el diente en el hombre cuyo borbonismo antes tan exaltado iba menguando á medida que se iba acercando el terrible mes de Julio que le impidió que pasara á Grecia, y decir por boca de su padre que era una veleja que hasta giraba en los días de gran calma; pero la verdad es que sólo los hombres sin entendimiento podían exigir de un hombre que se había batido con

el hermano de Pepe por haber dicho que huía de Italia en donde no veía hombres, sino polvo humano, que continuara siendo el guardia de corps, que acompañó á Gante á Luis XVIII, para acompañar ahora á Carlos X. No; en 1830, Lamartine iba ya á llegar á la edad de los desengaños, y á esta edad era justo que se emancipase del engaño en que hasta entonces había vivido. Sobrado caro pagó su endiosamiento y sus debilidades para que se le reprochen sus justas variaciones.

Compartieron el favor público en este tiempo con Lamartine, todos los grandes hombres de la escuela romántica, pero en particular Alfredo de Vigny y el más joven de sus discípulos.



Sarcófago de la reina Luisa.—Por RAUCH.—Charlottenburg

Víctor Hugo se resignaba á ocupar el segundo puesto, pero no lejos de él; pntase admirablemente cuando quiere bajar al circo montado en el mismo carro cuyos caballos dirigirá mientras Lamartine manejará la lanza, porque después de la victoria se podrá discutir si ésta se debe á la lanza ó á la maestría del cochero.

No hay nada, sin embargo, que sea igual, por más que las apariencias digan lo contrario, entre Lamartine y Víctor Hugo. Las madres de entrambos eran muy parecidas, muy parecida su felicidad y sus desdichas domésticas, muy semejantes sus pretensiones; pero en Lamartine siempre se vió al gran señor, y no se pudo nunca dudar que dejase de serlo; pero en Víctor Hugo, por más que su borbonismo fuera todavía más exaltado que el de Lamartine, siempre se pudo descubrir la punta del revolucionario.

Presentíase éste en el literato que se apodera de la lengua para modelarla á su gusto: en el poeta que pone sus ideales en las transformaciones sociales, en el positivista que quiere que sus versos sean trascendentales, en el cantor que no quiere endulzar

De Vigny era un exaltado, un monomaniaco del ideal, y en él se encuentra todo lo que la Biblia, Ossian, el Dante, Milton y Klopstock entrevieron, expresado con un entusiasmo delirante y en la forma más poética y musical.

El hombre del siglo, Víctor Hugo,—nació en 1802,—se dejó seducir por de la Vigny, y siguió sus pasos arrastrado por su exquisito sentimiento religioso y por la dulzura y suavidad inefable de su lenguaje.

Pero no era de Vigny sino Víctor Hugo quien más se acercaba á Lamartine, hasta proyectar su sombra dentro de la grande aureola del más estimado de los poetas.

los oídos de sus oyentes como los antiguos trovadores, sino mueblar su inteligencia.

Víctor Hugo mucho más que Lamartine removi6 al pueblo francés atontado con los terribles golpes de la Revolución y del Imperio, y si su ideal fué un tiempo los borbones, esto no quiere decir que ya no fueran esos borbones incompatibles con la misma manera de ser que les daba Víctor Hugo.

Así nada tan contradictorio como el entusiasmo de los Lamartine, de los Chateaubriand, de los Víctor Hugo por la Restauración y por los borbones y el desapego de éstos por las letras. Los últimos borbones no supieron agradecer ni comprender lo que debían á las odas y elegías de Lamartine y Víctor Hugo, cuando éstos, gracias á su genio, á su poesía, hacían sentir á toda una nación sus desgracias. Cuando oponían con sus obras conforme al gusto de la época un contrapeso poderosísimo á las sátiras y canciones anti-dinásticas de Beranger, Carlos Comte y Lemaire.

No quiere esto decir, que tuvieran motivo para acusar su ingratitud, de lo que podían quejarse era de su indiferencia por los hombres y por los medios

que éstos emplearon para hacerles simpáticos. Por fortuna lo que ellos no hicieron hizo el librero Ladvocat que editó las obras de Chateaubriand, Víctor Hugo, de Vigny, Guizot, Villemain, Saint-Aulaire, Basante, etc., con real esplendidez.

Luis XVIII, lo mismo que Carlos X, eran demasiado políticos y demasiado reaccionarios para no comprender que esos cantores de la independencia y de la libertad de los pueblos, de Italia y de Grecia hacían algo más que cantar la patria de los Médicis y de Alejandro. Comprendían de sobra que sus versos necesitaban de comentarios para que no se extraviara su sentido, y en materia de literatos,

los mejores para ellos eran los que mejor expresaban su adhesión en términos claros y precisos. Desaugiers era su hombre, porque sus canciones eran para ellos y no podían ser para nadie más. Los que querían ser otra cosa, los ponían en la calle los borbones, dígalos Delavigne, arrojado de su puesto de bibliotecario de la cancillería, por no dejar de ser liberal.

¿Qué había, pues, de suceder el día que todos esos hombres de genio comprendieran que los borbones no eran indiferentes sino por miedo á sus inspiraciones?

Lo que sucedió cuando la caída de Chateaubriand,



La Noche, por SCHILLING.—Dresde

fué que la literatura consider6la como un desafío. Todos los literatos puede decirse que siguieron á su compañero en la desgracia; pues mientras esta gran figura de la literatura realzaba con su presencia el trono de los borbones, podían hacerse la ilusión de que no vivían divorciados, y esta ilusión la mantenía Chateaubriand manteniendo una aparente relación entre el poder y el mundo de la inteligencia.

Cayó Chateaubriand, sintió éste sobre sí todo el peso de la ingratitud, vió claro por dónde se iban á perder los borbones y se lanzó á la arena dispuesto á salvarles á pesar suyo, bajando á la arena del periodismo, al *Journal des Debats*, desde donde asestó tan rudos golpes al despotismo borbónico, que acabó con el sér y la cosa que eran inseparables. Dígalos sino Lafayette, enviándole por su obra una hoja de laurel, dígalos Armando Carrel, uniéndose con él en íntima amistad, díganlo los Salvandy, los Montalivet, los Duvergier de Hauranne y todos cuantos creían ya incurables á los borbones, rodeándole y empujándole; Chateaubriand seguido de la pléyade

de escritores que hasta entonces habían sostenido el borbonismo, representaba algo más que la defección de los literatos, representaba la defección de la nación.

Si se recuerda la historia política de Inglaterra durante la época que nos ocupa, adivinaremos desde luego que las letras habían de manifestar tendencias conservadoras muy marcadas, como que en Inglaterra, cuando en toda Europa de grado ó por fuerza se hacían reformas liberales, allí, por lo contrario, se reforzaba la autoridad, y por tanto, hemos de encontrar una escuela literaria de tendencias subversivas creada por la represión.

Cuando se observa que todos los nombres ilustres de la literatura inglesa pertenecen á la oposición, pero á la oposición como se hace en Inglaterra, ruda y tenaz, como producida por una sociedad indiferente á todo lo que no sea sensual, es decir, sensitivo, particular, íntimo, no trascendental, podemos ya decirnos por adelantado que el gobierno ha de estar en manos de una clase mejor que no en las de un

partido, y por consiguiente, podemos asegurar que los hombres salidos de esa clase, han de ser terribles en su censura, como hombres que la huyen convencidos de que la vida entre ella supone la muerte del alma.

Por temperamento Thomas Moore dejó muchas veces de extremar su oposición, pero en las obras de ese irlandés, primero conservador, y al ver los conservadores en el poder, liberal hasta los últimos instantes de su vida, se encuentran las más severas censuras lanzadas contra una sociedad incapaz de moverse al influjo de una idea.

Adivínase, pues, ya, que cuando no nos encontremos en frente de un temperamento apático como el de Moore que consiente que él, irlandés y católico, no haga oposición á que sus hijos abracen el protestantismo, esto es, que cuando nos encontremos con hombres de energía y de idea como Landor y Shelley, el cuadro de sus resistencias sea de lo más instructivo é interesante.

Háse observado que estos hombres eran republicanos, pero no se ha observado que cuando en plena época imperial nacen en Inglaterra en la clase rica, pero poderosamente rica, republicanos, el republicanismo de estos hombres no es idealógico sino práctico. Es decir, no deriva del conocimiento de los derechos de la personalidad humana, no emana del sentimiento de igualdad, ni del humor de independencia ó de libertad, sino de la íntima y profunda convicción de que el egoísmo y brutalidad de sus compatriotas ó de su país, no puede encontrar salvación más que en la expansión más profunda de las ideas liberales.

Por esto uno y otro sacrifican sus fortunas en hacer por su cuenta lo que su gobierno, lo que su sociedad no hace, inaugurando así la campaña socialista que tanta importancia iba á alcanzar después de 1830, porque la gran prosperidad de su patria, sus inmensas riquezas, su fortuna, su poderío, no empleado en nada trascendental sino en aumentar todo esto para el goce de una sociedad sin aspiraciones, les hace recordar que también Tiro, Cartago y Roma dominaron el mundo y concentraron millones de hombres dentro de sus muros, y fueron llamadas las capitales del mundo por sus riquezas y poderío, no quedando de las dos primeras más que madrigueras para las zorras, y de la segunda nada más que un cadáver de cuerpo presente á quien cantan los responsorios diariamente las cattervas clericales que de ella se han apoderado. Así uno y otro le advierten á su patria el peligro que le amenaza; como la maldición de todos los

pueblos del mundo es el canto de alabanzas que oye el Señor todos los días contra su egoísmo, y como puede llegar en medio de su inmensa prosperidad, como para Babilonia y Tiro, la hora fatal de su ruina.

Júzguese por esto, que había de sentir Landor, él que había venido á España á combatir á Napoleón, el día en que viendo abandonada España y Portugal al despotismo desenfrenado: comprendió entonces que Inglaterra no había venido á nuestra Península á combatir por la libertad sino á defender en ella su sistema de vida, su afán por la acumulación de riquezas y de poder que no sirven para ningún fin humano elevado.

De estos dos hombres, es Shelley, sin embargo, quien se nos presenta como la imagen de su tiempo, de ese tiempo fatal en que todo lo noble y levantado parecía destinado á vil muerte.

Shelley no podía vivir ni resistir su odio por esa sociedad metalizada y sensualista, por esto está en rebelión perpetua contra todos, contra Dios porque consiente que la injusticia domine en la tierra, contra su padre, porque quiere vaciarlo dentro de los moldes de una sociedad que rechaza por su incapacidad para el bien universal, contra su amante que no pide al amor más que los placeres sensuales y los de la vanidad, contra su patria que no aspira á la dominación del mundo más que para aumentar sus goces, contra los tribunales, contra la Justicia, que juzga según sus intereses ó las recomendaciones de los poderosos, y que se escandaliza á causa de sus ideas anti-cristianas, por denunciar un decálogo que no cumplen los hombres ni aun siendo representantes de la justicia. Un hombre así, esa especie de Satanás miltoniano debía morir como había vivido; un día un buque se lanza sobre su barca y le sumerge en el fondo del Océano.

Landor, por lo contrario, expatriado voluntario, fallece tranquilamente en Florencia á los noventa años de edad, cuando su pobre amigo muere á los veintinueve. Pero no por esto fué Landor menos radical que Shelley, pues si éste, como se puede leer en sus *Visiones*, «expone una doctrina poética destinada á hacer la felicidad del mundo, proponiendo la felicidad universal, como el fin hacia el cual debe dirigirse la humanidad, el amor despojado de todo pensamiento interesado, como la ley que debía gobernar el mundo y extirpar el mal, luego de haber abolido el comercio y el poder del dinero, esos ídolos del vil populacho, la guerra, esta obra de los bandidos, y la religión, esta hermana gemela del egoísmo, como su ami-

go, «persiguió con odio implacable los preceptos arbitrarios que las costumbres mundanas y la fe religiosa imponen á los niños desde su infancia, dándoles una falsa dirección en la vida subsiguiente. Como él tenía un corazón bondadoso, y hecha abstracción de algunos extravíos en su vida y doctrina, como él estaba desprovisto de todo egoísmo y su conducta era irreprochable»—*Gervinius*.

Shelley era un apasionado de Byron.

Byron en este período «era el hombre que, por un conjunto de circunstancias maravillosas, había elegido el destino para inflamar por medio de las vivas centellas de sus poesías un nuevo espíritu de resistencia, que unió á las jóvenes generaciones como para una alianza cosmopolita, concluida contra las potencias dominantes y contra sus tendencias.

«Apenas si se hubiese podido prometer, viviendo el noble lord, una tan extraordinaria eficacia á sus obras, si se hubiesen escrutado entonces las impresiones y juicios muy contradictorios de su época, si se hubiese penetrado en el fondo de su factura poética y sobre todo de sus teorías sobre la poesía. Para que pudiera el poeta ejercer una acción tan poderosa, necesitábase en primer lugar que fuera reconocido como el jefe de los escritores autónomos que desdennan toda regla, y de los genios hijos de la naturaleza, que pertenecían á la segunda época del romanticismo. Sin embargo, según su propia profesión de fe teórica, lord Byron continuó siendo durante toda su vida un clásico declarado, sin exceptuarse á sí mismo, convencido de que toda la compañía de poetas de su tiempo se había extraviado en el dédalo de un falso sistema revolucionario.»

«Desfavorable sería, pues, el juicio que sobre él se emitiera impugnándole como poeta, si se quisiera hacer valer que el poeta ha desdeñado como una vocación sobrado limitada la tarea que consiste en cultivar el arte por el arte. En efecto, la verdadera posición ocupada por él en la historia de la poesía moderna es muy otra; transformando todo el romanticismo, lo hizo pasar de la fase, durante la cual esta escuela huía del mundo, á otra en la cual se esforzaban los poetas, en unir la existencia material y la actividad literaria, la poesía y los esfuerzos prácticos, el arte y la vida, y en dar á la poesía una aplicación directa á la realidad, al tiempo actual y á sus condiciones morales, civiles y sociales.»—*Gervinius*.

No cree Gervinius que Byron hiciera obra de entendimiento al transportar á la vida real la poesía, ó la vida práctica á la poesía, pues de esta suerte se co-

rrompen los caracteres y los ideales. Pero la verdad es que si la poesía no ha de descender de las nubes y de las estrellas, la poesía no puede pretender ejercer acción alguna sobre la humanidad.

Comprendemos que después de Landor, un Shelley parecería demasiado, pero si no se olvidan las circunstancias que explican á Landor y á Shelley, se comprenderá que estas circunstancias fueron todavía más exigentes para con Byron, que heredaba de su padre el instinto del mal, y de su madre la pasión furiosa, y en quien la naturaleza parecía haberse complacido en demostrar como lo bueno y lo malo son inseparables; pues mientras le dió un cuerpo y una cabeza bellos, de toda belleza, le dió piés romos, sobre los que apenas podía sostenerse; es decir, hizo con él lo que con el pavo real.

Huérano en su niñez, rico, par de Inglaterra á los diez años, Byron, dominado por su carácter y temperamento tanto como por la sociedad de su tiempo, hubo de caer muy pronto preso de su materialismo, del que tan gigantescos esfuerzos hizo para arrancarse.

No pretendemos excusar su vida de disoluto, su falta de corazón, su inclinación al mal, ni tampoco queremos buscar en su viva contradicción física, la explicación de su contradicción moral, de esa moral que tan grandes cosas le hizo hacer. Arrancar un temperamento de artista de la sociedad de su tiempo, para disecarlo en un anfiteatro anatómico, es huir de la realidad y disecar una sombra.

Un poeta no consentirá jamás en ser analizado fuera de su ambiente, por esto Byron la primera vez que se ve objeto de la crítica se desespera, y replica con ferocidad, porque se comete injusticia tratando al hombre, como si este hombre no hubiese estado abandonado á sí mismo desde la edad de diez años.

Sentirse lleno de ideas y vivir en un país que odia todas las que no tienen un fin práctico, inmediato; sentirse lleno de fuego y de pasión, y haber de amoldarse á la sociedad fría, impasible de Londres, en donde la hipocresía y el egoísmo interiores que la corroen, se revelan de cuando en cuando en grandes escandalosos procesos que salpican de lodo y de infamia lo más alto; querer vivir la vida real é imponérsele por todos lados la vida de ficción, dígame si no era arrastrarle á la rebeldía de que se habían hecho ya culpables Landor y Shelley.

Byron creyó sin duda que podría reformarse, esto es, amoldarse á la sociedad de su país, y huyó de ella por dos años con el propósito de reformarse, esto es, de ser bueno. Pero este hombre que huyó del vicio, se ha dicho, huye á los países meridiona-